

arreglase, cogió la vela, y valientemente, empujando á su querida, salió al corredor, bajó escaleras y cruzó el lóbrego patio, hasta alcanzar el zaguán, que sacudió y sacudió con ánimos de derribarlo.

— Anda Amparo, anda, no te detengas que el coche ya está aquí.

Al despedirla en la puerta de su casita, de qué buen grado la besó, sintiéndose libre.

— Vendrás mañana? — le preguntó Amparo.

— Mañana no, pero te mandaré á Chinto.

Y el gozo le retozaba en el cuerpo cuando franqueó su casa suya, su palacio orgulloso y heredado.

Esperábalo Manuela con carta en la mano, una carta del colegio, de su hija;

“Estimado señor:

“La Nona enferma; dice el médico que es una angina.”

En su crasa ignorancia de rico, juzgó la enfermedad de la Nona un castigo del cielo. ¿Cómo no había de enfermar ella si él estaba perdido? Y en un arranque de su degenerescencia, propúsose la enmienda, abandonar para siempre la vida que llevaba.

V

— “De poco sirven el hábito y la tonsura: “lo que hace al verdadero religioso es el “cambio de sus costumbres y la completa “mortificación de sus pasiones.”

“Aquél que busca otra cosa fuera de Dios “y de la salvación de su alma, sólo encon- “trará aflicción y dolor. Y si no se vence “hasta llegar á ser el más pequeño, el más “sumiso, menos podrá vivir en paz mucho “tiempo.”

“La religión no se abraza para mandar sino para.....”

— Oiga Ud., sor *Noelina*, y que, en Burdeos hay rey? — exclamó la Nona desde su

cama, aburrida ya con la piadosa lectura que en alta voz le hacía la monja después de un buen rato.

Tan intempestiva y chusca le pareció á sor Noeline la interrupción, que se rió de veras y cerró su "Imitación de Cristo," un tomo de taflete, en francés, que no abandonaba nunca.

—¿Pues no me dijiste, mentirosilla, que te entretenía mucho esta lectura? ¿Cómo saltas con lo del rey?....

Con delicioso mohín respondió la Nona; mohín de niño enfermo que se sabe mimado; sacó sus brazos de bajo de las sábanas, retiró una de las almohadas y apoyó su carita, encendida por la calentura, en la palma de la mano.

—¿Te sigue el dolor de garganta?....

Declaró Nona que sí, con los ojos, y sor Noeline se levantó en busca del gargarismo que revolvió con el cabo de una eucharilla.

—Haz tu gárgara, anda.—E inclinada sobre la cama, atrajo á la criatura y se la acomodó en su pecho, para que gargarizara sin fatigas. Por un momento, ni la monja

ni la alumna se hablaron, y la enfermería, repleta de sol por su par de ventanas abiertas, aseadísima y sin alfombra, en perfecto orden muebles y objetos; su Crucifijo clavado en la pared, encima de un reclinatorio de cedro barnizado; en un ángulo, una pila de agua bendita; el catre en el centro, de hierro, con rodapié de punto y cobertor azul, la enfermería veíase alegre, como que de tal no tiene más que el nombre; casi daban ganas de enfermar para curarse ahí, frente á esas ventanas que caen al segundo jardín del Colegio y por las que lo mismo entran el sol que las ramas de los árboles cercanos; las risas argentinas y lejanas de las educandas en su asueto que el tañer de la campana que las enmudece; la fragancia de las flores, que la especialísima y delicada fragancia de los claustros femeniles. Y estando así, en cariñoso grupo, oyeron ruido de voces que se acercaban, que se abría la puerta y que alguien entraba. No se movieron, porque sor Noeline no podía soltar de pronto á la Nona, que gargarizaba.

—*La voilà, monsieur, elle va mieux maintenant; n'est-ce pas, ma sœur?*—dijo la superiora que precedía á Rafael Bello, quien entraba sombrero en mano y algo encogido.

—*Oui, ma mère, elle va mieux,*—repuso sor Noeline, á tiempo que la Nona escupía la gárgara para saludar á su padre.

—Ay papacito, qué gusto!—Y abrazó el cuello de Rafael, á medio sentar en la cama para que su hija lo alcanzara, mientras la superiora la acariciaba el cabello y contestaba á sus “buenos días, madre,” con un afectuoso:

—*Bonjour, bonjour petite, couvre-toi bien.*

Sor Noeline, en tanto, dejó la taza sobre una cómoda y se marchaba en maquinal acatamiento á sus votos, que prohíben permanecer delante de un hombre cuando no lo exija una necesidad imperiosa; mas Nona reparó en ello y,—cosas de chiquillos,—le gritó antes de que abriera la puerta:

—Sor *Noelina*, sor *Noelina*, este es mi papá, mi papacito, ¿verdad que es muy lindo?—añadió haciéndole cariños en la barba.

Detúvose la monja sin saber qué decir, sonrojada hasta las cejas; volvió el rostro hacia la Nona y su mirada, la casta mirada de sus ojos encantadores, tropezó con la de Rafael, un instante, sólo un segundo que bastó para que se sonrojara más todavía y para que saliera apresuradamente.

Comenzó el parloteo de Nona, la historia de su enfermedad contada por ella misma; que primero la molestaba tragar saliva, que después sintió alfileres en la garganta y que con escalofrío y dolor de huesos la acostaron; que el médico la reconoció abriéndole la boca en la que le metió una cuchara grande que le oprimía la lengua; ah! y que le metió debajo de un brazo, uno como canutero de vidrio con muchos numeritos.

Embelesado oíala Rafael, sin soltarle las manos, pidiéndole detalles nuevos; ¿y luego? y en la noche, ¿había dormido? ¿lo extrañaba? ¿extrañaba su casa y á su nana y á sus criados?

A él y á su nana, sí que los había extrañado; pero lo demás nó, ni pizca,

—Porque sor *Noelina* es muy buena y me

quiere mucho; yo la quiero mucho también, no creas, y soy muy obediente, ¿verdad madre?.... Si tú y mi nana me acompañaran aquí, ó si sor *Noelina* quisiera irse con nosotros allá á la casa, verías qué contenta estaba yo; sabe dar las medicinas muy bien.....

La superiora, que ponía sus cinco sentidos en los balbuceos de Nona, á fin de familiarizarse con este enrevesado idioma español que parecía dispuesto á no entrarle ni con martillo, juzgó que se prolongaba la visita; y como sus múltiples atenciones la reclamaban, excusóse con Rafael, ya volvería dentro de una media hora á lo sumo, á recogerlo y conducirlo fuera del convento, ella únicamente:

—*A mon âge, nous pouvons faire bien de choses, interdites aux jeunes*—agregó sonriendo con plácida benevolencia; y sin ruido al andar, salió de la estancia, cual caminaban las monjas todas, como si anduvieran descalzas ó con sandalias finísimas.

A solas ya con la Nona, Rafael cambió de postura, aproximó una silla á los pies de la

cama, y dando el frente á las abiertas ventanas, después de encender un cigarrillo, preguntó á Leonor

—Vamos á ver, señorita, qué desea Ud. que le traiga yo mañana de la calle?

—Pues..... traeme mi muñeca manca, pero traela escondida porque aquí no nos dejan tener juguetes; aunque no, mira, como estoy enferma no me han de regañar... no la escondas, para que no se despeine.

Hablaba con dificultad, enronquecida su vocecita y en la boca una ligera mueca, la del esfuerzo que realizaba al formular las palabras.

—No te vayas, ¿eh?—Y se volvió hacia la pared, algo amodorrada por la fiebre.

Llegóse Rafael á la ventana para arrojar la colilla al jardín y en el alféizar se cruzó de brazos, preocupado seriamente con la dolencia de su hija. Consolábale sin embargo el diagnóstico del facultativo, que la superiora le había transmitido; hasta entonces no se descubría más que una angina benigna, sin complicaciones alarmantes ni probabilidad de que surgieran de improviso.

—Pero,—pensaba Rafael,—contemplando distraído las incultas callejas del segundo jardín del Colegio, desierto á tales horas, sin otros habitantes que mariposas y abejas, —vaya Ud. á saber! En los niños todo puede ser grave. Él seguía aferrado á su vulgar preocupación de que sin duda Dios intentaba castigarlo en su Nona de su depravado vivir, ¿por qué no? ...

Y la quietud del jardín apacible, la quietud del edificio entero comunicábanle un bienestar jamás sentido, que palpablemente disminuía sus culpas, llevándoselas muy lejos, á los días de juventud y de inexperiencia, no á la víspera. Lo que es él no había delinquido la víspera, ni antes; había delinquido, sí, pero hacía muchísimo tiempo; Amparo quedaba á enorme distancia, casi más allá de los fenómenos reales, en el horizonte de los sueños y de los malos pensamientos. Volvió el rostro para divisar á su hija que dormía y tornó de nuevo á apoyarse en el alféizar de la ventana y á respirar la quietud del jardín apacible, esa quietud que lo purificaba, que le hacía gustar una delicia

infinita. ¡Cuánta santidad se desprendía del jardín y del colegio ó del claústro, lo que fuera! ¡Qué secretos propósitos de convertirse en bueno, en padre amante y en viudo intachable! Porque su oxidado afecto paterno centuplicábasele á ojos vistas, se limpiaba hasta alcanzar matices blancos, sin una mancha; y así como después de un gran desastre, aparecen en ocasiones honrados administradores á restituir á su legítimo dueño un fortunón que se creía para siempre perdido, así del corazón de Rafael,—ó de su cerebro alucinado, cuando menos,—salía inagotable y abundante el antiguo y extraviado cariño á la Nona; un positivo hallazgo que se repartía por todas las venas de Rafael colmándolo de gozo, forzándolo á ir á sentarse una segunda vez á los pies de la cama y desde ellos guardar amorosamente el desasosegado dormir de su enfermita.

Sonó de pronto una campana, y á poco, abrióse la puerta de la enfermería, para dar paso á la superiora.

—*Pardon de vous chasser, M. Bello, mais*

il se fait tard,—díjole á Rafael con amabilidad exquisita.

Y Rafael, puesto en pie, besó á la Nona, que no hizo el menor movimiento; cogió bastón y sombrero, y en pos de la superiora cruzó el colegio, deteniéndose á escuchar las risas y los gritos de las educandas en recreo. Luego, echó á andar y hubiera jurado que era sor Noeline una religiosa que divisó, de espaldas, dentro de una estancia; “aunque,—se dijo á sí mismo—vistas por detrás son todas iguales.”

En la última puerta, la de vidrios, se detuvo la superiora:

—*Ah, je vous quitte ici, à demain.*

Provisto de la dirección del médico que atendía á Nona y autorizado para llevar á otro que fuera más de su agrado, entró Rafael en su coche y se hizo conducir á la casa del galeno del Colegio, hombre de clientela y reputación que conocía á Rafael, por mucho que no se trataran, como en México se conocen todos los de un mismo círculo social. Una entrevista rápida, en busca de informes amplios; ¿corría riesgo su

hija?.... Y resultó que sí lo corría, por supuesto, nada menos que el *croup* ó la difteria, los crueles devoradores de los niños. ¿Sacarla del colegio? No, ni por pienso, con la calentura que tenía....

—Estará admirablemente asistida, descuide Ud., tal vez mejor que en su propia casa.

En la noche, no fué Rafael al Club; mandó por Chinto para cenar con él y en tanto que lo esperaba en la biblioteca, nervioso é inquieto, más de una ocasión sintió que lo rasguñaba el recuerdo de Amparo. Pero, sin amor ya hacia ella; de veras alarmado por la salud de Nona y sugestionado con el espectáculo místico del Convento, desechaba los recuerdos sin el menor esfuerzo, cual ahuyentamos con la palma de la mano ó con un simple movimiento de cabeza á una mosca impertinente. Ahora estaba por el deber; de ahí sus expansiones con Manuela, la recomendación de que se llegara al Colegio tempranito á ver á la niña:

—Ya conseguí el permiso de la superiora;

enseña Ud. esta tarjeta y la dejarán entrar hasta donde está Nona.

El admirable olfato de Chinto dióle á comprender desde su arribo, que á Rafael le ocurría algo extraordinario; por lo que se propuso no soltar prenda ni meter la pata. Supuesta la reconciliación de su amigo con Amparo, la cosa era grave y le convenía mantenerse á la expectativa.

—Vaya, capitalista, dichosos los ojos....
—le soltó al entrar—¿Andabas dentro del queso?

—Hombre, Chinto, sé serio. Mi Nona está muy mala.

—Caray, no, esas sí son palabras mayores
—contestó Chinto, serio en efecto, como serio poníase siempre cuando sabía de algún niño enfermo, sin duda temeroso de que á la suya le alcanzara el peligro—¿Qué tiene?

Exagerando un tanto su papel de padre afligido, contó Rafael su visita al Colegio, y luego, su visita al doctor, mientras Manuela en persona servía á su amo la cena y miraba de reojo á Chinto, que engullía bocado tras bocado sin perder ripio del discurso del

señor ni una sola de las miradas de la criada. Debía haber impresionado á Rafael el aspecto del Colegio y el de la pseudo-enfermería, porque se extendió en la narración á Chinto; ¡qué jardín y qué orden! ¡qué silencio y qué limpieza! ¡qué existencia santa y envidiable! De pronto, preciso, neto, le devolvió la retina el principal asunto del cuadro, el grupo que formaban sor Noeline y la Nona, con sus rostros tan cerca, que los alborotados rizos de la chiquilla manchaban aquí y allí la blanquísima toca de la religiosa, vió sus mejillas color de concha nácar, su cuerpo todo, en incómoda postura, en una inclinación de madre de verdad.

—Al pronto, no la vi bien, pero después sí, cuando acomodó á mi hija, cuando dejó los medicamentos; y te juro, Chinto, que me entraron ganas de arrodillármele; parece una virgen de las que hay en los museos italianos, una *madonna*. Mira, su cara es ovalada, grandes los ojos, negros; la boca... Y retrató á la monja con una minuciosidad que á él mismo le asombró; ¿dónde

había guardado los exactos pormenores, si hubiera podido asegurar no haber visto á sor Noeline sino muy por encima, á la ligera? Sin malicia ninguna acabó el retrato. Quizá la miró inadvertidamente con mayor atención y por eso le salía tan parecido, tan idéntico al original; y sus facciones desfilaron á maravilla, todas, sin faltar una; la monja estaba ahí; por inaudito prodigio, salíale del cerebro y por los labios le resbalaba, ¡cosa más rara!

—Pues, hijo, si es tal como la pintas, vale tu monjita un Perú antes de la guerra del Pacífico, que fué cuando valió mucho.

Lejos de festejar Rafael el inocente chiste de Jacinto, púsose fuera de sí; dió un manazo en la mesa, largó dos ó tres insolencias, derribó su silla al levantarse:

—Hazme favor de no ser indecente y respeta lo que es respetado hasta por los salvajes, pues vamos á incomodarnos.

—Incomódate tú, cascarrabias, no he dicho nada que pueda ofender á nadie; no faltaba más....

Rafael, ante su inesperada exaltación,

experimentó el mismo asombro que le había ocasionado guardar tan exactamente en su memoria las facciones de sor Noeline ¿por qué se encolerizaba con su amigo? Y arrepentido, tendióle la mano, le acarició las espaldas:

—Perdóname, Chinto, tienes razón y he estado grosero. Achácalo á que he pasado un día atroz y estoy nerviosísimo; achácalo también á que ya sabes que aún en medio de mis peores picardías he venerado siempre todo lo de la iglesia.

Para disipar el nublado, volvió á ocuparse de Nona y conforme apuró el asunto, le habló del otro, de su rompimiento con Amparo, que atribuía á fastidio y á cansancio.

—No te he contado en qué paró nuestro famoso viaje al Peñón.... Y se lo despedió enterito, revelando en el tranquilo tono de su voz que en esta ocasión sí había terminado definitivamente el lío; hablaba de él en calma, con gestos reposados y descriptivos, semejantes á los que emplean los militares para narrar las batallas en que

los mutilaron y que no han de repetirse.

—Te digo que se acabó bien acabado. ¿Quieres entenderte á mi nombre con la liquidación? Que sí á cuanto pida; los muebles, su pasaje, dinero en pasta, lo que encuentres de justicia.

Chinto se marchó á las once para alcanzar la última tanda en el teatro Principal, á la que Rafael no quiso ir; prefirió—en unión de Manuela, que no daba crédito á lo que presenciaba,—lanzarse á la busca de la muñeca manca de Nona, que al día siguiente había de llevarle. Toda una empresa doméstica; revolver un cuarto pegado al del baño, donde se guardaba parte de la ropa blanca en un par de armarios corrientes, donde se arrinconaron los maniqués de la señora, que simulaban degollados de cuento, y donde, amén de una gata parida, distinguíase la casa de muñecas de Nona, con la fachada recargándose en la pared, de cabeza, y los diminutos muebles en confusión de mudanza; uno de los gatitos recién nacidos, acurrucado en el vestíbulo y en un pedazo de la cocina, resultaba un tigre que hubiera

causado aquel desbarajuste. Junto á la casa estaban, encima uno del otro, los dos cajones de madera que servían para depósito de juguetes, y en el de abajo, la muñeca manca que reclamaba Nona con ese gusto peculiar á los niños ricos de preferir lo roto, lo desfigurado, lo inservible con que los muchachos pobres inventan primores, á lo que ellos adquieren flamante y caro en las jugueterías á la moda.

¡Costó un trabajo encontrar á la manca! Como que la pobre se ahogaba entre las patas de una vaca sin ojos, un wagón de ferrocarril sin techo ni ruedas y los dientes trancos de un rastrillo liliputense. Recomendó Rafael que la asearan y vistieran y con mil miramientos la instaló en el coche, al otro día, cuando se encaminó al Colegio.

Hiciéronle esperar un instante, en el recibidor, mientras prevenían á la superiora que no tardó nada, que como la víspera lo acompañó por tránsitos y corredores. Cerca de la enfermería, Rafael, que no había vuelto á pensar en sor Noeline, temió no hallarla acompañando á su hija, pero no

tuvo tiempo de analizar su temor; avanzando siempre, escuchó eco de voces, y con un fingimiento cuya causa no vislumbraba, preguntó:

—¿Está sola Nona?

Por única respuesta, la superiora apresuró el paso, abrió la enfermería y Rafael descubrió á su hija que platicaba con sor Noeline y otra religiosa. Apenas si pudo saludarlas, tan inmediato al ingreso suyo fué la retirada de ellas; le notificó la superiora que tornaría en su busca; que quizá el médico llegaría á poco, y acariciando á la Nona, que le besó la mano, se retiró á su vez.

Rafael, triunfante, ocultaba la muñeca y sonreía á la enferma, mucho más abatida que el día anterior.

—Adivina qué te tendré aquí
¿á que no?

La Nona para contestar, tuvo que realizar un penoso esfuerzo, que hacer visajes; el mal de garganta aumentaba á un grado, que cada palabra significábale un intenso dolor, como si un puñado de espinas se la atormentaran.

—Sí te adivino, me traes mi muñeca, dámela y que se acueste conmigo— contestó pausadamente alargando un brazo; y luego que la recibió, acostóla de mala gana, volvió la espalda á la luz, á su padre; retiró el embozo con nervioso ademán, cual si se sofocara, y de nuevo entró en su forzado mutismo. Rafael la tocó y le asustó lo que había subido su temperatura; quemaba su piel, sentíala reseca y áspera.

—Oye, mi Nonita, ¿te hallas peor que ayer?.... Respóndeme, pero no con la cabeza ni con las manos, respóndame con su lengüita, anda, para que no piensen que te la royeron los ratones .. ¿qué diría sor Noeline?.... calcúlate....

La chica encogióse de hombros; no abría los párpados, ¿qué le importaba lo que dijeran?

—Me duele mucho— gruñó llevándose las manos al cuello y rechazando después á la pobre muñeca manca, que, abierta de piernas, parecía contemplar con sus ojos de esmalte, muy interesada, el cielo raso de la estancia.

Entonces sí que Rafael se alarmó, que la creciente gravedad de su hija entrósele al corazón. Con las dos manos hincadas en el lecho, muy inclinado, seguía los visibles trabajos de la respiración de Nona, su inquietud y sus pequeños estremecimientos, el silbido que se le escapaba de su garganta en lucha con las falsas membranas que intentaban ahogarla. Le llamaba la atención que no se quejara, verla tan conforme con su gravedad y sufrimiento; y es que nunca había visto de cerca á un niño en peligro; no conocía la desgarradora indiferencia con que los niños van á la muerte lo mismo que á la vida, ignorantes de ambas, y por tal ignorancia igualmente resignados á partir entre los huesosos y helados brazos de la una que á crecer entre los mórbidos y tibios de la otra.

Rafael, á solas con su hija, comprendió que sus energías se debilitaban, que era un infeliz sin recursos para aliviarla, sin más elementos para defenderla que su cariño paterno, de pronto resucitado; un escudo que de nada le servía, que no podía atajar,

el mal aquél, interno, traicionero, invisible, que á manera de serpiente iba enroscándose y enroscándose en el indefenso cuello de una criatura débil, bella y, sobre todo, suya. Se enderezó y consultó el reloj; si dentro de cinco minutos no estaba ahí el médico, él iría en su busca, atravesando no digo el Colegio, el dormitorio de las monjas si era preciso. Inconscientemente se asomó al jardín, y ahora antojósele tétrico, con aires de cementerio de aldea, en los que la yerba se extiende á su antojo, esconde lápidas y disfraza tumbas. Sin embargo, el jardín en nada había variado; hallábase como la víspera, como siempre, indolente, irresponsable, echando flores y nutriendo árboles con su pertinacia de ciego y sus misterios de prodigio al que no preocupan las humanas miserias; sin otros habitantes que sus abejas y mariposas.

El médico no llegaba! Los cinco minutos espiraron y Rafael cumplió su promesa; resueltamente, sin la respetable compañía de la superiora, comenzó á caminar por el Colegio; recorrió el conocido trayecto, el

que á la salida conduce, apresurado el andar y acongojado el ánimo. En un corredor se encontró á sor Noeline, y sin la menor idea carnal—¡por Dios que nó, antes al contrario!—deslumbrado por su belleza de *madonna*, como á una aparición celeste dispensadora de milagros, la detuvo, la tomó de las manos sin que ella pudiera evitarlo y humildemente, pero muy humildemente, la imploró:

—Madre, por favor, no deje Ud. á mi hija!

Y con igual apresuramiento siguió rumbo á la salida; vió que á lo lejos la superiora presenciaba el desfile de muchas educandas; oyó la campana del colegio, y se encontró en la calle. No subió á su carruaje, porque el del médico, á la sazón, se detenía; en atropellado discurso le explicó al doctor la gravedad de Nona; le suplicó que se violentara y penetraron de nuevo; sólo que en esta vez la superiora se les incorporó y á pesar de sus años, ella en medio de los dos hombres, al paso suyo, los acompañó hasta la enfermería.

¡Qué á tiempo entró el doctor! La Nona, sentada en las almohadas, muy rígida, tiraba furiosamente del hábito de sor Noeline, sus ojos muy abiertos, su cuerpecito, anguloso todavía, medio desnudo; el silbido de su garganta más acentuado aún y de cuando en cuando, pronunciada con infinita angustia, la frase terrible:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!....

Cosa extraña. Ni quien parara mientes en esa casta semidesnudez que no era dado evitar, á causa de los continuos y bruscos movimientos de la Nona, procurándose aire. Era el peligro tan próximo, la situación tan crítica, que ni el pudor excesivo de las religiosas ni la malicia ingénita de los hombres, atrevíanse á asomar la nariz; pudor y malicia permanecieron quietos, en sus madrigueras respectivas y lo que salió de los únicos testigos de aquella escena fué piedad, la piedad inmensa que nos causa un triste espectáculo,—y pocos hay más tristes en este bajo mundo que la agonía de un niño!

El doctor no se anduvo por las ramas; acabó de dejar al descubierto las piernecitas

de la Nona y la reconoció á sus anchas. Era el *croup*, el temido ogro de la niñez; mas como dichosamente se ha descubierto algo que lo ataja y lo vence, si á tiempo se aplica, el hombre no se amilanó; esperaba al feroz enemigo desde el aparecimiento de la dolencia y se hallaba en guardia. Desenvainó su jeringa de inyecciones, de otro bolsillo extrajo un frasco con el suero de caballo, y mientras preparaba el antídoto con violenta precisión de experto, decía á Nona:

—Qué te has de ahogar, criatura, qué te has de ahogar....!

Y le hundió la cargada jeringa en la parte superior del brazo, cerca del hombro. Fué tan rápida su acción, que apenas si Rafael, la superiora y sor Noeline diéronse cuenta de ella. Cuendo la aguja penetró en las carnes de Nona, Rafael y sor Noeline volvieron la cara, pálidos, suspensos, quizá en espera de una operación cruel, quizá también por el afecto que á la chica profesaban, aunque distinto verdadero y hondo; el médico permanecía tranquilo después de

causar la diminuta herida salvadora, por sobre la que pasó una vez y otro vez las yemas de los dedos. Nona, dió un grito, más de nerviosidad que de dolor, y la superiora que había seguido la escena sin pestañear, se acercó á la enferma y se sentó á su lado, á acariciarla, á cubrir su desnudez, con ese valor mudo y dulce de las religiosas de raza, á las que entristece, sin arredrarlas, el sufrimiento humano.

La muñeca manca, con el arreglo de las ropas, quedó tendiendo su brazo bueno, cual si felicitara á su dueña ó diera las gracias al doctor.

Desterrado el riesgo, lo que acontece siempre; la eterna esperanza reconciliándonos hasta con lo que nos afligía; la voluptuosidad delicadísima de la reacción que calma los nervios y serena al ánimo, devolviéndonos la conciencia de nosotros mismos. Ya á sor Noeline habíanle vuelto los colores y á pie firme atendía al médico, que escrupulosamente lavaba su jeringa, junto á la ventana, por la que arrojaba al jardín el hilillo de agua que salía del pequeño instru-

mento de cristal; ya la superiora habíale cedido su puesto á Rafael, quien abrazaba y besaba á Nona, cuya garganta silbaba menos, como si la interna serpiente que por poco la asfixia, fuera desenroscándose á su pesar, muy lentamente, para ir á desaparecer en el mismo ignorado lugar en que había nacido; ya la muñeca manca, empujada por los movimientos menos agitados de la Nona, había tornado á abrirse de piernas y parecía de nuevo contemplar con sus ojos de esmalte, muy interesada, el cielo raso de la estancia.

Rafael se levantó de pronto, llegóse al médico, ¿bastaba con una inyección? ¿no se repetiría el ataque? ¿no descubría ningún mal síntoma? Y el otro, muy pulcro en el aseo de sus manos, dió garantías; proclamó la infalibilidad del suero de caballo, un descubrimiento maravilloso y reciente, llamado á salvar á millones de mocosos.

—Se lo aseguro á Ud; esto es como la vacuna, como todo lo grande, es sencillo y es infalible.

Rafael, púsose á expresarle su gratitud á él primero que á nadie, claro, y en seguida

á la superiora, á sor Noeline, á todo el mundo. Y ni modo de resistirlo, que su educación y su simpatía aparte, el caso lo disculpaba; por lo que abrazó al médico efusivamente, y estrechó las manos de la superiora y de sor Noeline, no obstante la prohibición de la orden que veda ese contacto.

—Mucha quietud para la niña, madre,—previno el médico al despedirse; y como Rafael despidiérase de él, la superiora, entre bromas y veras, lo sacó de dudas por si dudas había: no podía quedarse más, sino marcharse también, la regla es terminante y no admite excepciones; ni los papás de las educandas deben permanecer indefinidamente dentro del colegio; la Nona sería cuidada como Dios manda.

—Nada, señor Bello, que lo echan á Ud. estas fieras, y hay que obedecerlas pues son tremendas ¿verdad, madre?.... Y que hablando en serio,—añadió el doctor,—la Nona sólo necesita reposo; conque si Ud. no tiene inconveniente, saldremos juntos.

¡Lo hambriento que llegó Rafael á su casa,

lo minucioso que estuvo con Manuela narrándole lo de la inyección, en tanto que ella le servía la comida! Pero de súbito, al encender su puro y acostarse á leer un periódico, se le apareció sor Noeline, un segundo y su cara nada más, algo borrada, destacándose la curva de la toca y lo rojo de los labios, confuso el resto, mezclado á facciones ajenas, un *rictus* de la superiora y las cejas del médico, encanecidas y erectas. Cayósele el periódico, colocó el puro apagado sobre la mesa de noche y se quedó dormido.

En el áspero recibimiento que le hizo Manuela, conoció Chinto que Rafael continuaba de juicioso. Hubo de esperar á que buenamente despertara, porque Manuela declaró que no había de molestarlo, y hasta el anochecer mató Chinto las horas frente á la pajarera del comedor.

—Ya puede Ud. entrar,—le dijo Manuela, cuando los criados alistaron las lámparas del patio y corredores.

—Pasa, Chinto, pasa y dispensa que te haya hecho esperar, pero no me habían

avisado.... Nó, no traiga Ud. luz (*á Manuela, de pie en la puerta*) nosotros la encenderemos—exclamó Rafael desde la cama.

Arrimó Chinto una butaca, Rafael se arrellanó en los almohadones é iluminados por un rayo de la lámpara del comedor, que se arrastraba en la alfombra yendo á alumbrar las patas del guardarropa, y por la claridad del cielo y la de la farola del patio, que se entraban al través de los vidrios del balcón, comenzaron su plática. A la pregunta natural de Chinto sobre el estado de la Nona, Rafael contestó con una segunda descripción de la escena de la mañana, desde su llegada al colegio hasta su salida en compañía del médico, cuando la superiora lo expulsó. La única novedad en esta descripción número dos, fué el aditamento de su encuentro con sor Noeline en uno de los tránsitos y de que en él la detuvo y la cogió las manos sin saber lo que se hacía, medio loco por la gravedad de Nona.

—¡Qué mujeres, Chinto, respiran la virtud! Yo creo que por eso se imponen,

sobre todo á nosotros, los perdidos que tan raramente la encontramos legítima....

Chinto lo felicitó por la salvación de la Nona y cuando Rafael andaba más alto en sus disquisiciones acerca de la virtud de las religiosas, soltó una nota discordante, dióle cuenta de su comisión:

* —Antes que se me olvide, te arreglé lo de Amparo, se va á la Habana; desde esta noche duerme en un hotel; no acepta los muebles ni el dinero que en tu nombre le ofrecí, y te manda esta carta, toma....

—¿De veras, Chinto?.... pero hombre, si parece mentira; te protesto que nunca me la supuse tan mansa.... á ver su carta —dijo incorporándose, y él mismo encendió una vela—;uf! qué cantidad de disparates... —añadió al principiar la lectura; mas, conforme avanzaba, la cara poníasele seria, fruncido el ceño, y al terminar estrujó el papel, lo alargó á Chinto:

—Bah!, además de los disparates, tontearías.... leela....

Y Chinto leyó la estrujada misiva llena de disparates, era cierto, pero llena también

de unos cuantos lamentos sinceros, de los que inventa á su manera la persona más vulgar, con tal que sea su corazón quien se los dicte:

—“Me echas y me voy, ¿quién nos manda á algunas mujeres ser lo que somos? Te gusté y me alquilaste; ya no te gusto y me dejas, aunque te haya yo cobrado ley. Ni quien te diga nada, hijo. Eres un señorito rico que puede hacer lo que le dé la gana; no digo yo abandonar á una....
 “(aquí un vocablo demasiado castellano.)
 “Guárdate tus muebles para la otra, la que venga detrás de mí; que alguna será. Tú eres muy barbián pero á mí no me la das; andas en otro lío, quieres á otra; que me muera ahora mismo sin ver á mi madre, si no quieres á otra, te lo juro por mi salud.
 “Hace mucho tiempo, bueno no mucho, pero sí unos días, que lo había yo descubierto, ¿sabes en qué?... en que tus besos ya no me sabían á ná. Anda y diviértete, que la otra, ¡maldita sea!, ha de vengarme aunque no lo procure. Podría yo llamarte *charrán* y cochino, pero ¿para

“qué?.... Todos tus amigos dicen que eres
 “una persona decente.... no creas que este
 “borrón lo hicieron mis lágrimas, porque
 “no he llorado ni tanto así, es que no sé
 “escribir ni nunca ¿lo oyes? nunca te quise.”

—¿Qué opinas de la literata ésta?—preguntó Rafael á Chinto, cuando éste le devolvió la carta.

—Nada, sino que como todo hijo de vecino, cuando le pegan y le duele, grita.

—Ah, ¿la vas á defender?....

—¿Yo! ¿á mí qué me importa? no la defiende; me preguntas y te contesto.

—¿No ves lo que dice, que quiero á otra? ¿quién es esa otra? ¿tú sabes quién es esa otra?

—No te pongas necio, hombre, ¿cómo he de saberlo yo si no me hallo dentro de tí?

—Pues yo te protesto que no estoy enamorado de ninguna otra, y yo si lo sabría ¿verdad?

Como para demostrarlo completamente, saltó de la cama, formó el plan de la noche: una banca de *baccara*, teatro Principal y *Maison Dorée*; charló de mil fruslerías, de

los chismes del Club, y tarareando una tonada de zarzuela, del brazo de Chinto se marchó á la calle.

A pesar del cúmulo de distracciones, que cual medicamento habíase propinado, las frases de la carta de Amparo no se le borran; firmes y claras seguíanle en el cerebro, como si en vez de leerlas hubiéranse grabado á cincel. Y se examinaba, pasó revista de las mujeres tratadas últimamente, y nada; unas parientas; la esposa de Fulánez, antipática y fea; la encargada de un taller de modas, que no lo desvelaba cosa mayor; una de las triples del teatro, que lo divertía á la buena, y las religiosas del Colegio, sor Noeline, cuya belleza casi lo obligó á cerrar los ojos con sólo evocarla. Alzóse de hombros por lo imposible del supuesto ¿quién ha de ser el bárbaro que vaya á enamorarse de una monja? Y él mismo se contestó en voz alta á tiempo que apagaba su vela, acostado ya, de regreso en su casa:

—Nadie más que un individuo dejado de la mano de Dios, y yo por fortuna, ni lo estoy ni lo estaré.

Con tan elástica receta, el hombre se calmó y apretó los ojos, para que no se desvaneciera la encantadora figura de sor Noeline. Ahora la veía mejor que á la hora de la siesta; veíala completa, de los pies á la toca, con idéntica luz á la que la iluminaba por la espalda cuando él la cogió las manos, y que tan bien hacía que se destacara del fondo gris del corredor, que tanto parecido le daba con las vírgenes de los grandes cuadros, las que envueltas en deslumbrantes claridades de oro, diríase que van á salirse del marco para pisar la tierra, nuestra tierra ingrata y cruel, é irse por ahí, perdonando todas nuestras miserias y endulzando todas nuestras amarguras.....

Como Rafael tenía declarada la imposibilidad de enamorarse de una monja, continuó mirando dentro de su memoria á sor Noeline; miróla después junto á su hija, junto al doctor, junto á sí mismo, y llegado al punto que no es vigilia ni tampoco sueño, volvía de nuevo á asirse de sus manos, de sus hábitos, castamente, devotamente; á la manera de los favorecidos en los retablos

de los templos, que retratan la consecución de algún milagro.

Asido á ella, veíase salir por la ventana de la enfermería, cruzar el jardín en aerea y deliciosa caminata, y muy dichoso, seguir más allá, más allá, hasta una región ignorada que no podía explicarse ni entender á las derechas, más alta que los árboles más altos, y que las montañas, y que el azul del cielo; sin cansarse nunca, sin nunca pensar en nada malo, sin pensar en lo que dejaba aquí abajo; sor Noeline sonriente y santa, él, Rafael, estupefacto y mudo, asido á ella con todas sus fuerzas, castamente, devotamente.....